



para tomar tiento de noche los que por la mar quisiesen venir á Cádiz, y tambien quedarles el sitio con ella fortalecido, y la pasada del Andalucía por allí muy más fácil que primero; lo cual era bien á su propósito de ellos, por caer mucho más juntas aquellas dos puntas una de otra de lo que ahora caen. Con estos edificios quedó su negocio tan reparado por aquella tierra, que podian hacer cuanto quisiesen libremente por toda Cádiz, y por sus comarcas; las cuales obras aunque fueron hechas con diligencia asaz y buen recaudo, no pudieron apresurarse tanto, que no gastasen en ellas más de cincuenta años de tiempo, que se vinieron á cumplir en el año 675 poco más ó ménos ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, contando desde el dia que el templo se comenzó sobre la punta postrera contra Levante de la tal isla, hasta la conclusion de la torre, sobre la punta segunda más occidental y postrera. Parece de esto que ya por aquellos dias toda la grandeza de Cádiz no pasaba de cuatro ó cinco leguas de largo, que son dos leguas ménos de las que hallamos ahora, si la torre sobredicha caia tan cerca de donde tenemos ahora la villa de Rota cuanto dicen, porque tanto puede ser en viaje derecho, caminando desde Rota hasta la poca mar entre Cádiz y el Andalucía, que ni parece, ni es la mitad que medio cuarto de legua, donde navega la barca llamada por este nuestro tiempo de Santi Petro, en que sospechamos cierto que tuvieron los ancianos, ó muy cerca de él aquel templo de los dos Hércules, tan afamado por todos los autores antiguos, latinos y griegos. Mas dado que los años y dias de la sobredicha labor, los fenices de Sidon y Tiro residiesen allí muy empedidos y negociados, no por eso dejaban juntamente con ella, de traer sus inteligencias entre los pueblos andaluces que caian por aquellas fronteras, y se metian y avecindaban en ellos con todas cuantas disimulaciones y cautelas podian, esto sobre la marina solamente, sin apartarse mucho del agua, para recoger á su salvo todo lo mejor y más precioso de la tierra que hallaban; y para tomar eso mismo noticia de las naciones comarcanas que moraban adentro, y de sus inclinaciones y tratos.

Y puesto que tambien alguna vez se desmandaron á pasar más adelante, nunca jamas osaron quedar en algun cabo de reposo; porque dado que de todas partes hallasen inocencia, simplicidad y buenas condiciones entre los andaluces, sintieron tambien gran aspereza mezclada con ferocidad mucho terrible. Así que por esta razon sobreyeron algunos pocos

dias en calar la provincia, no queriendo turbar el estado de la tierra, ni resolverla con los negocios que tenian imaginados, y segun de las historias podemos colegir, pasaron seis años largos, que cuanto á este artículo no movieron alguna cosa, ni procuraban otro negocio, más de llevar adelante sus tratos de mercaderías, conservando su comunicacion entre los andaluces moradores por aquella marina todo lo más blando y amoroso que pudieron.

CAPÍTULO X.

Cómo cierta gente de los españoles llamados celtiberos entró por diversas provincias españolas, y poblaron en ellas muchas ciudades, señaladamente por la region que los antiguos decian Lusitania, entre los rios Duero y Guadiana.

En aquel intervalo de tiempo, cuando los fenices de Sidon y de Tiro negociaban aquello desde Cádiz, los celtiberos españoles, de quien hicimos relacion en el tercer capítulo de este segundo libro, juntamente con aquellos galos celtas, sus progenitores, despues que pasaron el monte Idubeda, segun allí tambien dijimos, habian multiplicado tanto su generacion, que ya la provincia donde residian estaba llena de pueblos y de repúblicas, ordenados en mediano concierto. De éstas sobraba por la tierra mucho número de mancebos, hombres y mujeres, dispuestos para toda cosa, grandemente codiciosos de novedades, como siempre lo suelen ser las personas de tal edad; los cuales, así porque su provincia no bastaba para mantener ni dar haciendas á tanta gente, como por ser ellos inclinados á mover algun hecho notable, señalaron entre sí capitanes y cabezas, con que salieron en grandes compañías á buscar nuevas tierras donde cupiesen, imitando lo que sus antecesores habian hecho, cuando dejada la tierra de los iberos atravesaron los montes Idubedas, como ya declaramos. Toda su jornada fué contra las partes occidentales de España, penetrando por dentro de ella, la cual á la sazón era muy cerrada de montes, sin labor casi, ni granjería, sino fuese de ganado solamente. Y puesto que por algunas partes de la tal espesura hallasen poblaciones y figura de lugares ó villas, eran pocas y mal concertadas, tales, que con estar tan dentro de la tierra, parecia de ellas y del atavío de su gente, faltarles vecindad y participacion de personas humanas ejercitadas en los negocios y tráfigos del mundo, á quien ellos pudiesen imitar en sus obras, y con esto quedaban asperisimos en



todas sus obras, y de muy dura conversacion. En otras partes hallaban chozas y cabañas en que moraban hombres con sus mujeres y familias, apartados los unos de los otros. Así que los celtiberos españoles en aquella multitud, pudieron caminar libremente por donde les plugo, sin alguna contradiccion, y por sitios que más les agradaban, dejaban hechas poblaciones con figura de ciudad, abasteciéndolas de su misma gente.

Recibian eso mismo cuantos españoles naturales de las comarcas en que paraban se querian juntar con ellos. A los tales pueblos, aunque fueron pocos, pusieron nombres semejantes á los de los otros lugares que dejaban en la Celtiberia más antigua, donde primero salieron. Y trae muy buen camino lo que sospechan algunas personas de nuestro tiempo, ser uno destos lugares la ciudad que llamamos hoy dia Segovia, pueblo singular y magnífico, de muchos y grandes provechos en el reino de Castilla, por los artificios excelentes y tratos de paños y lanas, y de muchas otras cosas que se labran en ella; cuyos bienes y sitio dirémos adelante cuando llegáremos á la postrera parte desta nuestra crónica. Esta parece que la debieron llamar Segobriga cuando se fundó, por ser naturales los más principales que la poblaron de la Segobriga de Celtiberia, nombrada por este tiempo Segorve, y que despues vino á corromper un poco el vocablo de Segobriga en el nombre de Segovia que ahora tiene: de lo cual, si así fué, parece claro ser gran error el de muchos historiadores castellanos, que dicen haber sido Segovia poblacion del rey Hispan, y que la llamaron Segovia por estar cerca de una sierra llamada Govia, y que Segovia es nombre compuesto de dos palabras latinas, una Secus que significa cerca ó junto, y la otra Govia que es el nombre de la sierra, como si en aquellos tiempos de Hispan hubiese en España memoria de la lengua latina, ó de sus vocablos. Así que dejado esto, y tornando á nuestro primer intento, dicen las historias que por causa de aquellas poblaciones arriba dichas, que los celtiberos en el camino fundaron, el nombre dellos quedó dispartido por todas aquellas tierras españolas. Y dado que primero los naturales dellas tuviesen apellidos y nombradías de pueblos particulares ó propios, comenzaron á se contar muchos dellos por gente de Celtiberia, puesto que la verdadera region de Celtiberia fué la que ya señalamos en aquel tercero capítulo deste segundo libro. Mas aunque todas estas cosas se hiciesen por aquellas partidas, y muchos celtiberos se avecindasen y quedasen en los lugares sobredichos, todo el

cuerpo mayor y multitud de la gente caminaba siempre adelante con sus capitanes y guaidores, hasta que pararon en la provincia, llamada en aquella sazón Lusitania, cuyos aledaños ó linderos, fueron (segun otras veces declaramos) el rio Guadiana contra la parte meridional, Duero al Septentrion, al Occidente la costa del mar Océano, que se contiene entre las bocas destos dos rios, y al Oriente una raya que pasa de rio á rio, sacada por encima de las fronteras donde hallamos á Villanueva de la Serena, y se acaba tambien casi frontero de la mezcla de Pisuerga con el rio Duero. Ya dijimos en el mismo tercero capítulo deste segundo libro, toda la nacion de los celtiberos españoles estar dividida por parentelas y parcialidades que tenían nombres diversos entre sí, de los cuales eran unos llamados los Berones, que fueron siempre mucho tenidos entre los otros como linage señalado. Éstos, luégo que su gente se metió por la Lusitania, hicieron moradas en aquellos principios y partes orientales della, juntos á la raya sobredicha de sus mojonos, donde se multiplicaron en muchos lugares y villas, de las cuales fueron despues señaladas y magníficas una ciudad llamada Capari en los tiempos antiguos, en que son ahora las ventas nombradas de Caparra; otra llamada tambien Laconimurgo, que caia casi en la mitad del camino derecho, que va desde las mismas ventas de Caparra hasta Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaron aquellos varones celtiberos á deramarse por otro gran espacio desta comarca, tomando cuanto por allí cae desde Duero hasta Guadiana, tanto, que toda la partida donde son ahora las villas y ciudades de Salamanca, Ledesma, Fermosel, Béjar, Ciudad-Rodrigo, se contaban en estos pueblos llamados antiguamente berones de la Lusitania, los cuales despues se vinieron á decir vetones, mudándoles dos letras no más en la pronunciacion, el cual apellido les duró muchos tiempos, aunque despues tambien muy más corruptamente se dijeron vergones, como los nombra Ptolomeo.

La comarca destos vetones lusitanos era de figura triangular, cuyo primer lado por la vuelta de Levante fué la raya oriental de la Lusitania, cuanto pasaba desde Duero hasta Guadiana. Por el otro lado septentrional tenía un pedazo del mismo rio Duero, desde la frontera de Pisuerga hasta cinco leguas en bajo de Fermosel, pueblo harto conocido sobre las riberas del mismo rio Duero dentro de la Lusitania vieja, tomando veintiseis leguas ó poco ménos de trecho. El otro lado más occidental venia desde aquel punto sobredicho por cerca de Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaba siem-



pre á estrechase la provincia cuanto más iba para Mediodía, atravesando el rio Tajo, poco léjos de las ventas de Caparra, tomándolas dentro de sí, hasta venir á juntarse con las primeras rayas ó mojones orientales, donde salía la Lusitania sobre la ribera de Guadiana. De manera, que con la vivienda que los tales berones por allí hicieron, y con lo que dellos en otras partes dejamos escrito, parece claro que su recordacion y linaje quedó repartido por dos provincias españolas diversas; la primera, cerca de las fuentes del Duero, como en el tercer capítulo deste segundo libro largamente manifestamos; y la segunda, por este lado más oriental de la Lusitania, de quien ahora hablamos, puesto que como dije, los de aquí más comúnmente se llamaron despues vetones que berones. Todo lo restante de los otros celtíberos entraron y se derramaron sobre las riberas del Guadiana, y por otras comarcas bien dentro de la Lusitania, en la cual segun era tierra grande pudieron muy bien caber, y cupieran muchas otras naciones sin perjuicio de los naturales. En ella poblaron eso mismo lugares de nuevo que poseyeron los tiempos antiguos, bien señalados y famosos, de quien fueron los más notables uno llamado Segeda, poco apartado de donde hallamos ahora la villa de Cáceres contra Levante algo más septentrional: otro llamaron Voltaco, otro Vertobriga, otro Turrobriga, sobre las riberas del rio Tajo, bien cerca de Alcántara, otro dijeron Seria, otro Teresa, otro Calesa, cuyas memorias han parecido en este nuestro tiempo, así en sus edificios y señales, como en las otras particularidades que tuvieron: por donde no podemos aquí bien aclarar de todos en qué parte limitada de la Lusitania cayesen, aunque, como dije, fueron pueblos señalados y famosos, ni las historias que tenemos al presente hablan dellos, ni de sus fundaciones otra particularidad que podamos escribir más de lo dicho, sino fuese que todas estas gentes cuantas por allí quedaron á la tal sazón, fueron llamados entre los otros españoles sus vecinos, célticos, galos, y no celtíberos, como los llamará tambien nuestra crónica por todas las partes que dellos adelante hablaremos, á causa de los celtas sus progenitores, de quien sucedieron. Dicen tambien, que su venida, segun habemos dicho, por aquellas partes fué en el año de setecientos y cincuenta y nueve, primero que Nuestro Señor y Redentor Jesucristo naciese, donde se gastaron poco ménos de siete años en concluir y hacer casi todo lo que dejamos escrito, con algunas otras cosas que fueron cumplideras á la morada y al asiento venidero; y así poseyeron todas aque-

llas provincias muchos años, acrecentando por allí su generacion y linajes en compañía de los otros españoles naturales que hallaron en ella.

Coligese más por la concordancia de los tiempos, que cumplidos los dias ya dichos, fué cuando se levantaron en Italia dos mancebos hermanos, el uno llamado Rómulo y el otro Remo, personas valerosas asaz. Los cuales ambos, habiendo ya hecho por allí cosas bien señaladas, engrandecieron la ciudad de Roma, que primero tenían fundada los españoles, segun lo dejamos apuntado en los diez y nueve capítulos del primer libro, conforme en la relacion de muchos historiadores antiguos, puesto que los más cronistas latinos afirman y digan este Rómulo ser el primer fundador de la ciudad sobredicha desde los cimientos; pero mucho más crédito tiene la fundacion de los españoles, por otras mayores razones, de las cuales algunos se pusieron en aquel capítulo del primer libro, que serán suficientes á mi ver para que quien quiera sienta lo verdadero dello. Por ahora bástenos aquí saber el tiempo cuándo Rómulo hizo lo que dicen en Roma, ahora fuese acrecentándola, ahora fundándola de nuevo, que fué casi en el año de setecientos y cincuenta y dos poco más ó ménos, ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, conformados estos años de Cristo con la cuenta de los tiempos que Trogo Pompeyo sigue por sus historias, ó dos años ménos segun la cuenta que pone Solino con otros historiadores sus allegados en aquella misma sazón que el rey Acáz era señor de los judíos, ó segun otros dicen, Ecequías su hijo, que reinó despues en aquella gente, dado que la cuenta de San Eusebio discrepe destes últimos poca cosa. Mas porque las historias que tratan estos tiempos no ponen al presente hazañas particulares pertenecientes á los célticos sobredichos, despues que se metieron en la Lusitania, ni dicen otra cosa bien declarada que dellos podamos escribir, quiere nuestra crónica dejarlos aquí haciendo su morada, por contar lo que despues intentaron los vecinos de Cádiz en el negocio del Andalucía que pretendian y trabajaban de principal intento.



CAPITULO XI.

Cómo los vecinos de Cádiz y sus fenices pasaron cautelosamente desde su isla en el Andalucía para morar en ella, donde fundaron un templo con una ciudad magnífica, y de las cosas que Platon dicen algunos haber hablado dellos en sus historias antiguas escritas en lengua griega.

Pasados estos negocios que dejamos escrito, los naturales de Cádiz estaban ya tan hechos á la condicion y costumbres de los fenices de Sidon y de Tiro sus allegados, que los unos y los otros parecian una gente misma, todos tenian un mismo traje, seguian una misma manera de vivir, y juntamente con ellos deseaban poseer de su mano la tierra del Andalucía con lo restante que hallasen aparejado. Viendo, pues, que por una buena parte de la ribera, cuanta cae sobre las marinas del Océano, quedaban apoderados sin contradiccion de nadie, parecióles ser ya tiempo de negociar la pasada cuanto pudiesen adelante. Mas porque la tal obra fuese disimulada con poca sospecha de los andaluces, pusieron en plática de querer edificar dentro de la provincia otro templo mucho más suntuoso que el de Cádiz, publicando y certificando que su dios Hércules, con los otros demonios á quien todos en aquel tiempo reverenciaban, lo tenian así mandado por santa revelacion á sus ministros y sacerdotes, para que los españoles apartados de la costa tuviesen conocimiento de su divinidad como lo tenian los otros comarcanos á Cádiz, moradores de aquellas marinas.

Habia por esta sazón en las comarcas de Andalucía fronteras á Cádiz una casta de gente que por imaginaciones y sueños vistos cuando dormian, conjeturaban las cosas venideras, y declaraban mucho de lo que podia suceder; y no solamente pronosticaban esto por lo que soñaban ellos alguna vez en sueño que tuviese manera de significacion, sino los sueños tambien de muchas otras personas que venian á ellos, les declaraban su misterio, si lo tenian, y si no lo tuviesen les decian ser cosa natural y comun, y que no traian entendimiento de quien debiesen hacer caso. Andaban tan ciertos y concertados en aquellas adivinanzas, y tenian tales reglas por donde se regian, que casi ningunas cosas erraban, y comunmente fueron reputados por hombres más que divinos. Con esta parentela de gente trataron los fenices (de quien ahora hablamos) primeramente su negocio, rogándoles fuesen favorables á lo que su dios Hércules pedia con importunidad, y para más los obligar acudie-

ronles con intereses y dádivas, cuales entendieron serles más agradables; tanto los acometieron, tanto les dieron. Tanto les agradaron, que como ninguna maldad se deja de hacer en la vida por intereses, brevemente los tuvieron de su mano. Ganados éstos, no fué menester mucha porfía para concluir su peticion, porque como pareciese justa, y la fama de los fenices anduviese ya publicada por aquellas provincias y supiesen todas las nuevas de los edificios de Cádiz, y junto con aquello los tuviesen por nacion amiga de los dioses, muy sin pesadumbre los otros andaluces otorgaron cuanto pedian permitiendo que hiciesen el templo donde más les agradase, con muestra de grande reverencia y acatamiento para la devocion de aquel idolo, reputándolo por singular beneficio y buena obra. Luégo las labores se comenzaron mucho magníficas, tales que cuanto más iban, tanto las gentes comarcanas quedaban atónitas en ver crecer sus edificios, consideraban la industria que traian en ellos, sus trazas, sus aparejos y materiales como cosa no vista jamas en aquella tierra, por lo ménos de tanto concierto ni grandeza. Comenzaron eso mismo de labrarse cerca del templo casas y moradas, donde los que fuesen y viniesen pudiesen residir, y los maestros edificadores vivir de reposo y tambien los que hubiesen á éstos de proveer de mantenimientos y herramientas hallasen aparejos necesarios. Con estos achaques y colores pusieron allí tanta gente, que pasados algunos años tuvo faccion de ciudad mucho suntuosa: tomaron el sitio disimulado, no muy fragoso ni difícil en una ladera de montaña, fingiendo que no se ponian en lugar donde pretendiesen ofender á los españoles comarcanos; pero su disposicion era tal, que descubria gran espacio de mar y de tierra por toda parte, y áun bien considerado tenia más fortaleza de la que fuera justo, para quedar allí gentes nuevamente venidas, de quien nadie podia comprender el propósito que traian. Despues de fenecida la hechura del templo, como los españoles de su rededor acudiesen á los sacrificios y vanidades de aquel demonio, crecieron las estancias para recibir los peregrinos y romeros y para morar los sacerdotes que hacian las ceremonias: añadiéronse plazas, lonjas, mercados y sitios para recogimiento de los ganados y de los sacrificios y de las otras mercaderías que trocaban ellos por metales que los andaluces traian. Donde resultó, que mezclado con la devocion, ó por mejor decir con la supersticion de aquel templo, se hizo tambien lugar de tráfigos y de negocios. Algunos españoles comarcanos que venian á él, vista su



contratacion, tomaron costumbre de tener dinero segun los de Cádiz y sus fenices lo trataban, pareciéndoles mucho descanso señalar una cosa cierta por la cual todas las otras se trocassen; aunque verdaderamente sabemos en estos principios haber sido pocos los andaluces que consintieron en ello, no por más de por ser la tal moneda cosa de metal, y los metales tener entre ellos flaca reputacion, á causa de no traer ayuda para las necesidades de la vida, si no fuese hierro y acero, que sólo por esta causa lo preciaban en mucho, dado que tenian de él gran abundancia.

Con el provecho de estos tratos, y con la multitud de la gente que siempre venia, la ciudad fué creciendo de tal arte, que brevemente pareció la mayor cosa de todas aquellas tierras; y no contentos los de Cádiz con engrandecerla y poblarla cada dia de gentes y riquezas, la cercaron de muros fuertes, y desde allí poco á poco se derramaron por las tierras comarcanas y poblaron otras estancias y pueblos menores en sus confines, usurpando los mineros de metales donde quiera que los hallaban, y fortaleciéndolos con guarda de gentes y de torres nuevamente hechas, y con todas las otras defensas convenientes, porque allende ser aquellos mineros muy preciosos, son muchos en cantidad por el Andalucía toda, donde se cria multitud de plata finísima, mucho oro, mucho azogue, plomo, cobre y estaño, con más otras diversidades de venas tales, que pocas tierras se le igualan, así de ser muchos, como de ser acendrados y perfectos, aunque se compare con ellos lo más precioso de las Indias. Mas el dia de hoy, ni buscamos ni miramos en esta riqueza del Andalucía, ni casi la sentimos; dado que veamos mucha señal de ella con indicios y margasitas, que declaran manifestamente dónde se puede hallar. Aquello todo recogieron algunos dias los fenices y los de Cádiz, á la ciudad y templo nuevamente fundadas, y á las torres y fuerzas que dentro de la provincia tenian edificadas muy disimuladamente, sin alterar por el presente la tierra, ni le hacer otro daño; con lo cual se pudieron conservar largo tiempo, que nadie sospechaba mal de su conservacion, ni miraban en los males ó bienes que hacian. Pero como la prosperidad cuando crece (segun fué la de estos fenices) en los principios traiga desórden, y la desórden licencia demasiada, no contentos con los bienes que de la tierra sacaban tan sin estorbo, saltaron en algunas obras de tiranía, tomando secretamente muchos de los españoles que hallaban desmandados, los cuales traian á sus puertos y navios; y metidos allí, los pasaban

en otras tierras, donde los vendian ó trocaban como se les antojaba. Salian con esto fácilmente, porque los andaluces eran tan poco recatados en aquella sazón, y los fenices lo hacian con tal encubierta, que mucho tiempo no lo sintieron, aunque los daños eran grandes. Un filósofo griego llamado Platon, dice en un libro suyo, intitulado Timeo, que los pueblos Atlantes de la isla Eritrea, frontero de España, por un cierto tiempo que no declara, pasaron en las tierras de Europa hasta que llegaron á Grecia, donde tomaron por fuerza de combate la ciudad de Aténas, que todos aquellos dias era de los señalados pueblos del mundo; mas á la fin dice, que fueron allí muertos y vencidos los más de los eritreos, como tambien escribió despues en otro libro muy largo, que particularmente compuso de la guerra que hicieron éstos. Y si lo tal no fuese fábula, quien quiera podria sospechar haber sido los Atlantes, que Platon llama de la isla Eritrea, algunos moradores de Cádiz, los cuales mal acostumbrados en los daños que ya hacian por dentro del Andalucía, viéndose ricos y poderosos, como siempre la codicia desvariada traiga consigo muchas otras de mayor desórden, no dudarian de pasar estos eritreos en las tierras que dice Platon, para tambien robarlas y hacer los males que por allí cuenta.

Cierto es que todos aquellos mares del Occidente, donde cae la isla de Cádiz y sus confines, fueron siempre llamados por los cosmógrafos antiguos el mar Atlántico; los pueblos que cerca moraban, así dentro de las islas como por las riberas del continente, se decian atlánticos en general, y la isla de Cádiz entre los más autores, se tiene por muy averiguado que los tiempos antiguos la llamaban Eritrea, por causa de sus primeros pobladores venidos con Hércules el Egipciano, que fueron naturales y nacidos cerca del mar Eritreo, llamado por otro nombre mar Bermejo, ó por causa tambien de estos fenices de Cádiz, de quien ahora hablamos, cuyos progenitores fueron los más que poblaron á Tiro en la tierra de Fenicia, y estos eran eso mismo naturales de las tierras cercanas al mar Eritreo, como ya en los veintiseis capítulos del primer libro dejamos escrito, las cuales dos cosas pertenecen y vienen justas á la cuenta ó escritura de Platon. Pero si fueron ellos ó no, cada cual conjeture como quisiere. Quanto al estado del Andalucía, no tenemos duda que los fenices de Siron y de Tiro, juntamente con los de Cádiz, alcanzaron en ella tal pujanza, que casi lo mejor de ella señoreaban, así de sus islas, como desde la ciudad nuevamente fundada dentro del continente,



segun que muchos de nuestros cronistas castellanos lo confiesan, y de muchos otros autores latinos y griegos manifestamente se recoge.

CAPÍTULO XII.

De las turbaciones y mudanzas que sucedieron á los españoles de Sicilia con diversas naciones griegas, que casi por este tiempo pasaron allá, donde los españoles perdieron parte de las ciudades y tierras que primero poseian en aquella isla.

Estendo los fenices de Cádiz ocupados en el acrecentamiento de su ciudad y del templo que fundaron en tierra firme del Andalucía, las otras cosas de la comarca no tenian mudanzas que sepamos, ni de las otras gentes españolas tampoco sabemos acontecimiento que por ellas pasase, pero sabemos lo de los españoles sículos, moradores en Sicilia, de los cuales, y de los tiempos y causas que los trajeron en aquella region, dejamos ya relacion en algunos capítulos del primer libro. Éstos, como quiera que desde los años antiguos hubiesen edificado por allí poblaciones en que vivian, y entre ellas fuese una la ciudad de Siracusa, que dicen Sarausa sus naturales, nosotros la llamamos Zaragoza de Sicilia, donde residian asentados y pacíficos, con añadimiento de su linaje y de su honra, no les pudo mucho durar aquella prosperidad y descanso, como jamas dura cosa de las que los hombres en esta vida desean ó le son más menester; y fué la causa que por esta sazón, dentro del año 738 ántes del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, llegó por aquellas comarcas y marinas un capitán griego llamado Archias, natural y morador en la ciudad de Corinto, con fustas bastecidas de gente que le seguian en razonable cantidad, el cual dejando su flota sobre mar, avisados los que dentro quedaban, para que cuando viesen cierta seña, moviesen contra la ciudad, tomó tierra prestamente con hombres armados de secreto, fingiendo venir pacíficos á negociar en aquellas partes algunas cosas de su provecho si las hallasen.

Con esta disimulacion entraron en el pueblo pocos á pocos, y considerada cierta parte del muro donde le pareció que podrian fortalecerse, despues que fueron dentro descubrieron súbito las armas y ganando la principal puerta de la villa, hicieron luego la seña, para que los de la flota viniesen tambien por el agua: los cuales llegados á la ciudad todos juntos en un tropel, ocuparon el puerto con quanto dentro hallaron de bateles y fustas, y basti-

mento de navegacion. Los ciudadanos, visto que sus adversarios poseian lo más fuerte del muro, desde el cual ya muchos dellos bajaban á las calles y casas, matando cuantos ante sí topaban, turbados con tal sobresalto desampararon el pueblo sin detenimiento con los hijos y mujeres que pudieron escapar, y se retrajeron en otra villa de la misma nacion sícula española, que decian Leóncio, donde fueron amparados y recogidos cuanto bien fué posible. Esto negociado, Archias fortificó la ciudad en las partes necesarias, y comenzó de labrar en ella muchos edificios y templos conformes á la manera de Grecia, con toda la suntuosidad á que bastaban sus fuerzas, y de los que con él vinieron. Item, comenzó de negociar amistad con algunos pueblos comarcanos que sintió no ser de la casta de España, ni de su descendencia ni parcialidad, y hallaron algunos muy apropiados á lo que deseaban, porque sólo un año ántes que esto de Siracusa pasase, habia tambien desembarcado en Sicilia otro capitán nombrado Teocles; y dado que fuese natural de la ciudad de Aténas, traia mucha gente de diversas provincias griegas: unos nacidos en Calcis, poblacion principal de Negropontes otros de Megara, ciudad de los Dores; otros de los Yones de Grecia; los cuales así juntos con aquel Teocles, fueron los primeros griegos que vinieron á Sicilia para morar en ella, donde llegados pacíficamente, sin hacer demasia ni rompimiento con alguna persona, le dividieron en dos poblaciones, una llamada Naxo, que fundaron á su parte desde los cimientos los calcidenses de Negroponte, otra los Dores, en un lugarejo pequeño que hallaron ya hecho de los moradores de la tierra, nombrado Hybla, cuyo vecino principal se decia tambien Hyblon, sucesor y descendiente de otra casta española no ménos antigua, llamada de los Sicanos; el cual Hyblon los hubo recibido dentro de su pueblo muy de buena voluntad; y con el acrecentamiento que los tales Dores griegos allí hicieron, se fué mudando la primera nombrada deste lugar, y le llamaron Megara, como solian decir á la ciudad griega de su naturaleza. Con éstos, y con el capitán Teocles se confederaron los corintios nuevamente venidos á Siracusa, contra los sículos españoles, y fué fácil el avenencia, tanto por ser griegos los unos y los otros, como por tratar todos una misma demanda, que era ocupar si pudiesen aquella tierra. No dejaron tambien de tentar alguna concordia con los mismos zaragozanos á quien habian despojado, prometiéndoles gran parte de la ciudad si quisiesen poner las armas, y consentir otras condiciones razonables á gente ven-